

CAPÍTULO IV

Otras fuentes, otras opciones



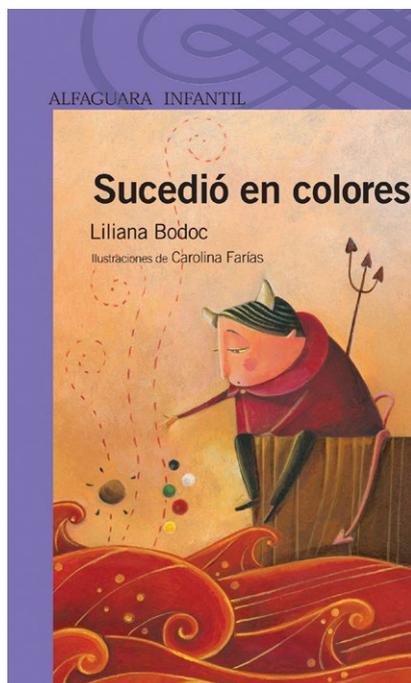
Otras fuentes, otras opciones

Introducción

El presente apartado contiene una selección de fuentes y recursos literarios, testimoniales y audiovisuales que pueden resultar de gran valor para los educadores de primaria y secundaria, en la desafiante tarea de diseñar sus propias actividades de educación para la paz, complementarias a las de las secuencias didácticas propuestas en este libro. Así, se abordan asuntos tales como el temor a la diferencia, el dolor de la guerra, la injusticia del secuestro; pero también, y en medio de las condiciones más extremas, un sentido ilimitado de humanidad presente en el cuidado del otro, la gratitud, la esperanza, la palabra precisa y el amor sin límites. A nuestro juicio, se trata de referencias rebosantes de sensibilidad, ingenio, sentido de responsabilidad moral y político, compromiso estético y solidaridad.

Por supuesto, los educadores ya tendrán identificadas sus propias fuentes o podrán encontrar otras que les resulten igual o mayormente pertinentes. A continuación las presentamos, antecedidas de una somera descripción (Cuadros 1 y 2), identificando el nivel educativo para el cual consideramos que serían más adecuadas.

Cuentos en familia.

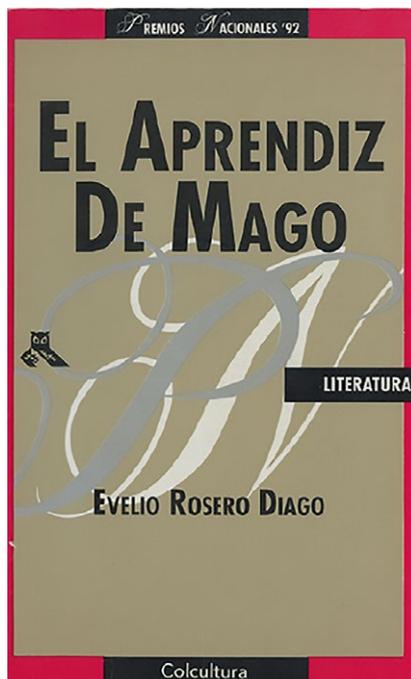


La escritora argentina Liliana Bodoc sitúa su relato en el polo norte, en el frío mundo de los esquimales, en el que las largas noches de invierno se sobrellevan mejor con una buena historia. Así que el abuelo, el más sabio de casa, mantiene unida a la familia y expectantes a sus nietos contando una fábula que explica las distintas fases de la luna; pero, sobre todo, dando sentido al hecho de estar juntos, mediante la magia de la palabra.



Bodoc, Liliana (2011) "Blanco". En: *Sucedió en colores*. Buenos Aires, Alfaguara.

De temores y prejuicios.

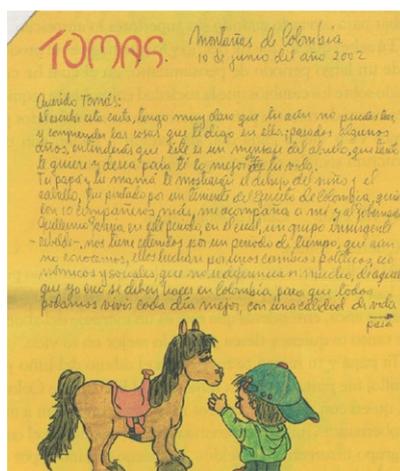
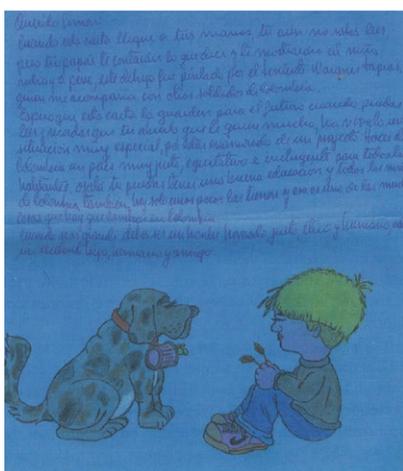


Evelio Rosero, gran escritor colombiano de literatura infantil y juvenil, crea esta extraordinaria historia que representa, a nuestro juicio, una metáfora del rechazo y la discriminación que sufren quienes son representados como radicalmente otros. Si bien la apariencia del personaje central del relato genera disgusto y, sobre todo, miedo en torno suyo, no ocurre lo mismo con quienes se dan la oportunidad de conocerle, ya que éstos pronto le encuentran simpático, amigable y, sobre todo, muy interesante. ¿Alguna vez has vivido algo similar en la posición de algunos de los personajes de esta historia?

Rosero, Evelio. (1992) "El esqueleto de visita".
En: *El aprendiz de mago*. Bogotá, Colcultura.

Cartas de esperanza.

Gilberto Echeverri, reconocido gestor de paz, con una larga trayectoria como servidor público –ocupó cargos tales como Ministro de Desarrollo, Ministro de Defensa, Gobernador de Antioquia– fue secuestrado por el grupo insurgente de las FARC-EP el 21 de abril de 2002, junto a Guillermo Gaviria, durante el desarrollo de una marcha pacífica en Caicedo, zona rural del Departamento de Antioquia. Estando secuestrado mantuvo intactas sus esperanzas de paz para Colombia y en medio de las más penosas dificultades escribió esta *Bitácora desde el cautiverio*, compuesta por invaluable descripciones, cartas y reflexiones que fueron recuperadas por su familia y posteriormente publicadas. Lamentablemente murió el 5 de mayo de 2003, en manos de sus captores, junto a Guillermo y a ocho soldados que se encontraban en su misma condición, en un intento de rescate por parte del Ejército Nacional. Compartimos aquí estas cartas dirigidas a sus nietos, testimonio de amor y muestra de su significativo legado.



Echeverri, Gilberto (2006). “Carta a Simón” y “Carta a Tomás”. En *Bitácora desde el cautiverio*. Medellín, Universidad EAFIT.

Imaginando un país mejor



Mediante este breve video (5 minutos) el Colectivo de Educación para la Paz (coordinado por Marieta Quintero) presenta una versión animada de la experiencia de recuperación de voces, relatos y dibujos de 1921 niños y niñas de distintas regiones de Colombia quienes, enfáticamente, dijeron no a la guerra, sí a la paz, mientras imaginaban un país mejor y lo llenaban de colores.

Fernández, José y Ceballos, Jenny [J.J. Bild] (2016) ¡Adiós a la Guerra!: Los colores de la paz [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/results?search_query=adios+a+la+guerra+los+colores+de+la+paz



Cuentos en familia

Blanco

Liliana Bodoc

Ellos vivían en una casa de hielo que los protegía del frío. Una casa construida sobre un desierto de agua. Una casa redonda y chiquita que algunas enciclopedias llaman iglú pero que ellos llamaban con nombres de amor, porque allí pasaban las larguísimas noches del polo norte a salvo de los colmillos de los lobos y de las tumbas de nieve. Una casa en la cima del mundo donde fueron felices.

Era una familia de esquimales con un padre que salía a buscar alimento, una madre que mantenía encendida la lámpara de grasa, dos pequeños hijos varones, y un abuelo que apenas se veía detrás de su ropa de piel. Poseían una manada de perros que arrastraban el trineo por las inmensas extensiones de hielo, algunas herramientas hechas con hueso, y cuerdas trenzadas con tendones de animales. Pero también poseían una incalculable cantidad de cuentos guardados en sus memorias.

Cualquiera que habite un lugar donde las noches duran seis meses, y no quiera morir de melancolía, debe guardar un tesoro de cuentos. En aquella familia de esquimales, los cuentos eran cosa del abuelo. Y cada vez que se disponía a contarlos, hasta la manada de perros se arrimaba a las paredes heladas para escuchar la voz neblinosa del anciano.

A veces, la hora de los cuentos se presentaba con anticipación. Pero, otras veces, los cuentos aparecían sin dar aviso. Y como era de noche, hacía mucho frío, soplaban un furioso viento lleno de escarcha y había poco por hacer, los cuentos siempre eran bienvenidos.

-Ahora he visto la luna -dijo uno de los pequeños, que había salido con su padre a dar cuidado a los perros-. La he visto..., y es solamente un pedazo de luna.

-Es luna del oso -dijo el abuelo.

Las palabras del anciano abrieron de par en par la sonrisa de los niños. Un nuevo cuento había entrado en la casita redonda de hielo.

-Luna del oso, luna entera, luna del lobo y luna muerta; así es como suceden las lunas en el cielo -volvió a decir el anciano.

Toda la familia se sentó a su alrededor. El abuelo contó su cuento.

“Este cuento transcurrió antes de los abuelos de mis abuelos. Por ese viejo entonces, nuestro país de hielo tenía una sola luna. Su hermosa luna entera que, para bien de todos, iluminaba las noches. Una luna que parecía recortada con un punzón de hueso, redonda y brillante en medio de la oscuridad... ¡Pero un día algo terrible ocurrió!

En ese tiempo, la tundra estaba dominada por dos poderosos animales. Cada uno mandaba y disponía sobre una mitad del territorio.

Un enorme oso polar, más grande que ningún otro que se haya conocido, era dueño y señor de nuestro país de nieve.

La otra mitad estaba bajo el poder de un legendario lobo, tan viejo que su pelaje había encanecido por completo. Las noticias sobre su ferocidad llegaban a todos los rincones. Por eso este lobo tenía dos modos de matar: con la crueldad de su dentadura, y con el espanto que ocasionaba la leyenda de su hambre.

Y bien, como el oso tenía su tamaño y sus garras, y el lobo tenía

sus colmillos y su fama, las cosas se mantenía en paz. Al fin y al cabo, las presas de caza estaban bien repartidas y las hazañas de los dos animales eran igualmente importantes.

Ninguno de ellos sentía aprecio por su vecino, pero ambos respetaban la división establecida: una mitad del oso, una mitad del lobo.

Ustedes podrían estar preguntándose cómo se reconocía el límite de aquellos poderíos. ¡Muy fácilmente! El límite estaba marcado por un río que descendía desde lo alto de un macizo. Durante los inviernos era un río de hielo. Durante los veranos era un río de agua clara.

Y fue justo al inicio de un verano que la gran cosa ocurrió.

Como el verano apenas empezaba, nuestra luna redonda todavía ocupaba su lugar en el cielo. El deshielo había comenzado; así que por el cauce que partía en dos el territorio ya corría un riachuelo. La luna redonda se reflejaba en las aguas del río, y estaba feliz de verse tan bella.

El oso, llevado por las ganas de beber agua fresca después de tantos meses de sólo lamer hielo, llegó hasta una orilla del río. Exactamente por la misma causa, el lobo llegó hasta la orilla opuesta.

Al principio, todo parecía que iba a continuar como siempre. Cada uno de ellos bebería, y luego daría la vuelta para regresar a sus dominios. Pero la luna estaba allí. Y donde está la luna puede suceder cualquier cosa.

Casi al mismo tiempo, los dos animales pensaron lo mismo y desearon lo mismo.

El oso y el lobo miraron la luna en el agua, y quisieron adueñarse de ella. No había nada tan hermoso en aquel país vacío. Y com-

prendieron que aquel que la poseyera sería más poderoso y más dichoso que su vecino.

Los animales se miraron en silencio. El oso irguió su cuerpo enorme, y comenzó a soltar espuma por la boca. El lobo se paró con las patas abiertas y arqueó el lomo. Su hocico chorreaba colmillos.

El gran oso avanzó un paso, sin dejar de mirar a su enemigo en ningún momento. Su respiración dibujaba espirales de humo a causa del frío. El lobo también se adelantó un paso, enseñando toda la dentadura.

La luna entendió lo que estaba ocurriendo, y se puso a tiritar de miedo.

Lentamente, los dos animales entraron al agua con los ojos fijos uno en el otro.

La luna del río miraba a la luna del cielo rogándole que la sacara de allí. Si la luna del cielo se movía, también se movería la luna del río; y así podría salvarse. Pero eso no fue posible porque las lunas no pueden moverse según su antojo, sino que siguen la guía de un invisible cordel de seda.

De un lado estaba el oso. Del otro lado, el lobo. La luna temblaba en el medio. Y la luz de la nieve iluminaba aquel desdichado encuentro.

Donde todo es hielo, las peleas terminan en muerte. Así que, como fuera, alguien iba a morir al final de aquella triste noche. Los dos pelajes se erizaron. Rugió el oso, aulló el lobo, lloró la luna...

El oso polar y el lobo daban rápidas miradas a su presa, y enseguida volvían a vigilarse. Los movimientos de ambos eran muy lentos y cuidadosos.

De esta manera pasaron largos minutos. Hasta que de pronto, como si se hubiesen puesto de acuerdo, y con el único propósito de arrebatarse el tesoro que deseaban, los dos feroces dueños del hielo se abalanzaron hacia el centro del río. La luna dio un grito de terror.

El oso clavó sus garras en la luna, justo cuando el lobo clavaba sus colmillos. Los dos animales tironearon con fuerza porque ninguno quería soltar la luna que había cazado. Entonces, se sintió un ruido de cristales rotos. El ruido venía de los frágiles huesecitos de la luna que acaban de quebrarse. Después de los huesos, se desgarró su carne luminosa. Y cada uno de los animales corrió de regreso a su orilla llevándose un pedazo de luna.

El lobo se llevó una porción un poco más delgada y con forma de uña. Lo demás quedó en garras del oso.

En el agua ondulaba la sangre de la luna como hebras de leche que se llevó el río.

Desde ese día, tenemos cuatro lunas. La luna entera, que es de todas la más antigua. La luna del lobo, la luna del oso. Y, entre una y otra, la luna muerta, que siempre nos recuerda aquello que ocurrió.”

El abuelo esquimal terminó su cuento. Durante un largo rato, todos en la casa de hielo permanecieron en silencio, tratando de imaginar la noche en que la luna se partió en dos.

Los niños pidieron permiso para salir a mirar el cielo. La madre protestó diciendo que hacía demasiado frío, y que no era el momento. El padre le dio razón a su mujer con un asentimiento

mudo. Pero los niños insistieron, y volvieron a insistir. Finalmente, el abuelo se entrometió:

-Ustedes deberían dejar que los niños salieran a mirar la luna.

La mujer, que había comenzado a limpiar unas pieles, respondió que ya la habían visto muchas veces.

-Posiblemente -dijo el abuelo-. Sin embargo, algo cambiará hoy.

Los niños salieron de la casita redonda. Y cuando alzaron la cabeza para ver la luna, luna del oso, sintieron la misma alegría que cuando, cada varios meses, se acercaba el trineo de algún familiar que venía de visita.

-Los cuentos nos ayudan a amar las cosas -murmuró el abuelo.



De temores y prejuicios.

El esqueleto de visita

Evelio Rosero

Un día conocí un esqueleto, en el parque. Estaba sentado en un banco de piedra, rodeado de palomas blancas, y sonreía, pensativo. Me pareció muy raro encontrar un esqueleto en pleno parque, dando de comer a las palomas, y tan risueño y tranquilo, como si se acordara de una broma, solitario, en mitad de la tarde. Yo trabajaba de cartero; ya había repartido las cartas del día, y me sentía algo aburrido. De manera que fui a sentarme a su lado, para distraer las horas. No demos-ramos en conversar. Me dijo que no tenía nombre. “Ningún esqueleto lo tiene”, dijo, y cuando el sol desapareció detrás de las nubes rojizas, se lamentó del frío. Sus dientes castañeteaban. Se puso de pie y me propuso que fuéramos a tomar una tacita de chocolate, en cualquier lugar. “Tranquilo –me dijo-. Yo invito”. Lo contemplé de soslayo: no vi que llevara bolsillos, ni mucho menos dinero. Pero eso no importó. Al fin encontramos un restaurante que anunciaba: “Chocolate caliente a toda hora”. Al entrar, muchos comensales quedaron boquiabiertos. Algunas señoras gritaron; una de las meseras dejó caer una bandeja repleta de tazas; las tazas se volvieron trizas; varias rodajas de pan, queso y mantequilla, quedaron esparcidas por el piso.

“¿Qué pasa?” pregunté, abochornado, aunque ya adivinaba a qué se debía aquel alboroto. “¿Quién es ese?” me respondieron a coro, señalando a mi amigo.

“Perdón –dijo él-. Yo puedo presentarme solo. Soy un esqueleto. Tengan todos muy buenas tardes”.

“Oh –se asombró una señora, que llevaba un perrito faldero, de pelo amarillo, adornado con un collar de diamantes-. No puede ser. Un esqueleto que habla”.

“Pues sí –dijo mi amigo, encogiendo los omoplatos-. En realidad todos los esqueletos hablamos”. Avanzó parsimoniosamente, como si el equívoco hubiese quedado definitivamente esclarecido, y tomó una mesa, precisamente junto a la señora, y se sentó, con un gran ruido de huesos saludando. Después tuvo la ocurrencia de alargar los huesos de la mano y hacer juegos al perrito. Le dijo:

“Qué lindo esqueleto de perro eres”. Y el perrito ladró, enfurecido, crispándose igual que un tigre. La señora se lo llevó al pecho, como si lo protegiera de la muerte. “Vaya –dijo mi amigo el esqueleto-, parece que su perrito no es de muy buen humor”. Su voz era opaca, profunda, pero amistosa. Hablaba como si ya nos conociera a todos, desde hace milenios; como la voz de un amigo; como si un amigo nos hablara por teléfono, desde muy lejos. La señora no se dignó a responder. Se levantó de su silla y, atenazando al perrito con todas sus fuerzas, le dijo: “Vámonos, Muñeco, lejos de este comediante disfrazado de esqueleto”. El perrito volvió a ladrar, irritado, como si respondiera: “Larguémonos ya”. Pero mi amigo el esqueleto elevó la voz, honda y húmeda, y aclaró: “Señora, no soy ningún comediante. Soy sencillamente un esqueleto”.

El rostro de la señora, encendido y huraño como la cara de su perrito, se volvió y replicó: “¿De qué manicomio se ha escapado usted?” Y después se esfumó, con todo y perrito. Muchos otros comensales siguieron su ejemplo.

Mi amigo el esqueleto se acongojó; resopló; resonaron sus huesos; se rasco el occipital y meneó la cabeza. Pude oír repicar la decepción en su huesudo rostro; los huesos de su mandíbula parecieron alargarse. Suspiró, como el múltiple chasquido de una maraca, y me invitó con

un silbido a que tomara asiento junto a él. “En esta vida todo es tan sencillo –dijo. Yo no sé por qué las gentes se complican”. No respondí. Hubo un silencio incómodo. “Bueno –le dije, procurando consolarlo-, es mejor que ese perrito se haya ido; pudo haberse aprovechado de los huesos de su mano”. El esqueleto sonrió con los dientes. “Pierda cuidado –dijo-, sé cuidarme solito”. Levantó el dedo índice y pidió a la rubia mesera dos tacitas de chocolate, por favor, sea amable. Y sin embargo la mesera nos susurró que tenía órdenes expresas de no atendernos, y que incluso el dueño del restaurante exigía que nos fuéramos inmediatamente.

“Pero si aquí hay chocolate a toda hora” dije.

“Sí –me respondió ella-. Pero no hay chocolate a toda hora para ustedes”.

“Lo suponía –terció mi amigo el esqueleto-. Siempre ocurre lo mismo: desde hace mil años no he logrado que me ofrezcan una sola tacita de chocolate”. Y nos incorporamos, para marcharnos.

Bueno, lo cierto es que yo me preguntaba cómo haría el esqueleto para beber su tacita de chocolate. ¿Acaso el chocolate no se escurriría por entre sus costillas desnudas? Pero preferí guardar ese misterio: me parecía indiscreto, fuera de tono, preguntar a mi amigo sobre eso. Le dije, por el contrario: “¿Por qué no vamos a mi casa? Lo invito a tomar chocolate”.

“Gracias –dijo, con una breve venia-. Una persona como usted no se encuentra fácilmente, ni en trescientos años”.

Y así nos pusimos en camino hasta mi casa, que no quedaba lejos.

(Ya dije que yo era cartero. Pero nunca había tenido la alegría de entregarme una carta yo mismo: nadie me escribía, ni me llamaba por teléfono. Mi único amigo era mi mujer; de manera que un amigo esqueleto

resultaba algo desconocido para mí; disfrutaba de la idea de tener al esqueleto como amigo).

Durante el camino el esqueleto siguió lamentándose del frío.

-¿Por qué no usa un vestido? –le pregunté.

-Ojalá eso fuera posible –repuso con nostalgia-, pero ningún vestido me sirve. Ningún vestido tiene la talla de ningún esqueleto.

La gente detenía su paso para contemplarnos. Un niño, desde la ventanilla de un autobús, me señaló: “Mamá, ese hombre camina con un esqueleto”.

Me sentí algo cohibido. Nunca en mi vida había sido el centro de atracción. Pero mi amigo el esqueleto sí parecía acostumbrado.

-Notará usted que nos señalan –dijo-, no sé por qué les causo pavor si, en definitiva, cuando desaparecen las caras todos los esqueletos son iguales.

Es verdad, pensé, abrumado. Por dentro mi esqueleto no podría diferenciarse gran cosa de la facha de mi amigo: sonoro pero tranquilo, caminando serenamente por las calles, a la búsqueda de una tacita de chocolate.

Llegamos a casa cuando anocheecía.

Mi mujer abrió la puerta y pegó un alarido.

-Tranquila –dije-, es solamente nuestro amigo el esqueleto de visita.

Mi amigo sonrió con la mejor de sus sonrisas. Los huesos de su boca parecieron sonajeros; hizo una gran venia, que a mí se me antojó desmesurada, cogió delicadamente con los huesos de sus dedos la mano de mi mujer y se dobló con gran estrépito de fémures y la besó con sus

dientes desnudos. Tuve que inclinarme veloz para atrapar a mi mujer en el aire, pues se había desmayado. Ayudado por el esqueleto la cargamos hasta la cama. Le di a oler un frasquito de sales. Mi mujer se recuperó sin mucho esfuerzo, tembló, parpadeó, arrojó un tibio suspiro, abrió los ojos y vio al esqueleto y volvió a desmayarse. Yo iba a reñirla, por su falta de ánimo, cuando mi amigo puso una de sus frías manos en mi hombro y dijo, con su voz más profunda: “Tranquilo, eso le pasa siempre a las mujeres cuando les doy un beso en la mano. Perdóneme. Creí que su mujer era tan amigable como usted”. Salimos de la habitación y nos sentamos en la salita, a esperar que mi mujer despertara de nuevo. Y en efecto; poco más tarde oímos su voz. Hablaba por teléfono, con su madre.

-¡Mamá! –decía-. ¡Soñé que un esqueleto me besaba la mano! ¡Sí! ¡Un esqueleto! ¡Fue horrible! ¡Peor que una pesadilla!

El esqueleto y yo cruzamos una mirada significativa, y luego lanzamos, al tiempo, la misma risita de cómplices: tremenda sorpresa iba a darse mi mujer cuando saliera y...

-¡Ay! –volvió a gritar ella, de pie, ante nosotros, pellizcándose las mejillas como si deseara comprobar si de verdad seguía despierta.

-Oye –le dije-. No te desmayes otra vez. Te repito que este es nuestro amigo el esqueleto y lo he traído a que se tome una tacita de chocolate; desde hace mil años nadie ha querido convidarlo a una tacita. Ven y te lo presento. Siéntate a nuestro lado.

Mi mujer me miró sin dar crédito. Pero después tragó saliva, respiró profundo, y se decidió; Caminado en la punta de sus zapatos se acercó a nosotros, saludó nerviosamente al esqueleto y se sentó.

-Hace un buen tiempo, ¿cierto? –preguntó. En ese preciso instante empezaba a llover; truenos y relámpagos se anudaban y estallaban

relumbrando como azules cataratas contra el vidrio de las ventanas. Un frío de pánico nos estremeció.

“Sí, por cierto –dijo el esqueleto, condescendiente-. Hace un tiempo magnífico”. Y empezamos a charlar. Nuestro amigo resultó un gran conversador: desplegó un ingenio absolutamente encantador; su voz era un eco acogedor; debía ser el esqueleto un poeta, o algo así; mi mujer olvidó la desconfianza y se divirtió de lo lindo escuchando sus proezas, sus anécdotas de viaje, sus experiencias de esqueleto conocedor.

Pues conocía todos los países. Era, en realidad, un hombre de mundo, o, mejor, un esqueleto de mundo. Había participado en todas las guerras, discutió con Platón, cenó en compañía de Shakespeare, danzó con la reina Cleopatra, se emborrachó con Alejandro Magno, incluso viajó a la luna, de incógnito, en 1968, y además presencié el diluvio: fue uno de los pocos que se salvaron en el arca de Noé. Mi mujer, soñaba oyéndolo, deslumbrada. “Es usted inigualable” dijo, con sinceridad. “Oh”, se complació el esqueleto (y yo diría que se ruborizó). “Gracias –dijo-, pero todos somos los mismos esqueletos. Mil gracias de todos modos”.

Yo le recordé a mi mujer que había invitado a nuestro amigo a un chocolate. Ella sonrió y prometió traernos el mejor chocolate con canela del mundo, mucho más delicioso que el que preparaba la reina Cleopatra. Y fue a la cocina.

Yo propuse mientras tanto a nuestro amigo que jugaríamos un partido de ajedrez. “Oh sí –dijo-, no hace mucho jugué con Napoleón y lo vencí” Y ya disponíamos las fichas sobre el tablero, contentos y sin prisa, en el calor de los cojines de la sala, y con la promesa alentadora de una tacita de chocolate, cuando vi que mi mujer me hacía una angustiosa seña desde la cocina. Inventé una excusa cualquiera y fui donde ella.

-¿Qué sucede? -le pregunté-. Ella me explicó enfurruñada que no había chocolate en la alacena. “Esta mañana se acabaron las dos últimas pastillas -me susurró-, ¿no te acuerdas?”. Yo ya iba a responder cuando, detrás nuestro, sentimos la fría pero amigable presencia del esqueleto. “No se preocupen por mí -dijo, preocupadísimo, y se rascó los huesos de la cabeza-. No me digan. Sé muy bien lo que sucede. No hay chocolate. Y ninguno de ustedes tiene un centavo para comprar tres pastillas de chocolate, una por cada taza. No me digan”.

Mi mujer y yo enrojecimos como tomates. Era cierto. En ese momento ninguno de los dos tenía un solo peso.

-Ya es costumbre para mí -dijo el esqueleto-. Esta es una época difícil para el mundo. Pero no se preocupen, por favor. Además, debo irme. Acabo de recordar que hoy tengo la oportunidad de viajar a la Argentina, y debo acudir. Ustedes perdonen. Fueron muy formales. Muy gentiles. Su voz era cálida, aunque cada vez más distante, una especie de voz en el agua; como si su voz empezara a desaparecer primero que sus huesos. Y nos lanzó la mejor de sus sonrisas y se dirigió a la puerta y regresó y volvió a despedirse y de nuevo se dispuso a marchar a la puerta -en medio de otra sonora sonrisa-, de modo que sus huesos como campanas iban de un lado a otro, indecisos, igual que su despedida. A pesar de su alborozo aparente, a mí me pareció un poco triste; acaso estaba cansado de caminar por el mundo desde hace mil años, sin que nadie lograra facilitarle al fin una tacita de chocolate.

Nos dijo, antes de despedirse, que esa misma noche viajaría de incógnito, en un circo, a la Argentina. “Me gustan los circos -dijo-. Prefiero viajar en los circos, puedo pasar desapercibido, muchas veces me confunden con payaso, lo que me hace reír”.

Nos hizo una graciosa venia de poeta, y esta vez mi mujer se dejó besar la mano sin desmayarse. En la noche, borrascosa y fría, vimos a

nuestro amigo desaparecer, lentamente, como su voz, iluminado a pedazos por las bombillas nocturnas. Entonces oímos un grito. Era una mujer, una vecina, que acababa de descubrir al esqueleto en la mitad de un ramalazo de luz.

La vimos pasar corriendo, como alma en pena.

-¡Un esqueleto! –nos gritó aterrada-. ¡He visto un esqueleto!

-Quédese tranquila –repuso mi mujer-. Ese esqueleto es todo un príncipe. Acaba de visitarnos. Se va en un circo a la Argentina.

Después, ya a solas, pensamos que hubiera sido bueno decir a nuestro amigo que volviera cualquier día, cuando quisiera, pues siempre sería bienvenido. Pero ya el esqueleto había desaparecido. De cualquier manera, si en las noches de tormenta golpean a la puerta, mi mujer y yo guardamos la esperanza de que sea nuestro amigo. Pues desde entonces le tenemos una tacita de chocolate, para el frío.



Cartas de esperanza

Cartas a Simón y a Tomás

Gilberto Echeverri

Junio 10, 2002. Carta a Simón, nieto.

Querido Simón:

Cuando esta carta llegue a tus manos, tú aún no sabrás leer, pero tus papás te contarán lo que dice y te mostrarán al niño rubio y el perro, este dibujo fue pintado por el teniente Wargner Tapias, quien me acompaña con otros soldados de Colombia.

Espero que esta carta la guarden para el futuro cuando puedas leer y recordar que tu abuelo, que te quiere mucho, ha vivido una situación muy especial, por estar enamorado de un proyecto: hacer de Colombia un país muy justo, equitativo e incluyente para todos los habitantes. Ojalá tú puedas tener una buena educación y todos los niños de Colombia también; hoy solo unos pocos la tienen y esa es una de las muchas cosas que hay que cambiar en Colombia.

Cuando seas grande debes ser un hombre honrado, justo, ético y humano. Además, un excelente hijo, hermano y amigo.

Cuando te equivoques ten el valor de reconocerlo, si al equivocarte perjudicas a alguien, debes hacer el máximo esfuerzo para enmendar el daño, aunque afecte tu patrimonio.

Recuerda que vivimos en el mundo y en él encontramos hombres y mujeres de toda clase: buenos, enfermos, inteligentes, fuertes, astutos, honestos, honrados, pero también encontrarás ladrones, pícaros, deshonestos. Por lo tanto, sentirás alegrías o

dolores nacidos de las actitudes de los demás. Cuando ellas sean malas, por favor no te llenes de odio, al contrario, entiende la actitud del otro y si puedes, ayúdale a salir del error.

Cuando seas una persona madura, si Dios te da fortuna y posibilidades económicas y de poder, por favor ayúdale a tu gente, a tus amigos, a tu país y sentirás el placer de dar, de servir y encontrar la felicidad.

Simón: yo espero tener en el futuro la posibilidad de compartir contigo muchos días o momentos, para charlar sobre la vida, escuchar tus inquietudes, tus opiniones -los jóvenes siempre tienen buenas ideas- y recorrer este país tan lindo que tenemos, porque estoy seguro, la paz llegará tarde o temprano.

Te quiere mucho, mucho, tu abuelo Gilberto, Toto.

* * *

Junio 10, 2002 Carta a Tomás, nieto.

Querido Tomás:

Al recibir esta carta, tengo muy claro que tú aún no puedes leer y comprender las cosas que te digo en ella; pasados algunos años, entenderás que este es un mensaje del abuelo, que tanto te quiere y desea para ti lo mejor en tu vida.

Tu papá y tu mamá te mostrarán el dibujo del niño y el caballo, fue pintado por un teniente del Ejército de Colombia, quien con diez compañeros más, me acompañan a mí y al gobernador

Guillermo Gaviria en este periodo, en el cual, un grupo insurgente –rebelde-, nos tiene retenidos por un periodo de tiempo que aún no conocemos. Ellos luchan por unos cambios políticos, económicos y sociales [...] pero nos diferenciamos en la manera de conseguirlo.

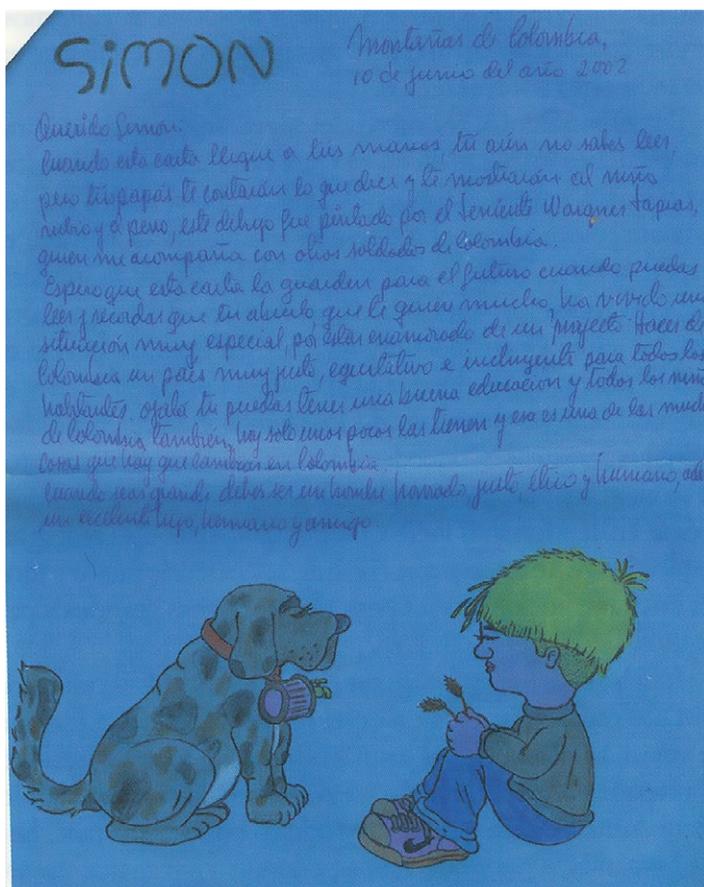
Querido Tomás: uno quiere decirles a sus hijos y nietos muchas cosas sobre la vida, en una carta nacida en un momento crucial como el que vivimos en nuestra familia, pero esto es imposible. Después, cuando mi regreso esté en firme y cuando tú vengas a nuestra casa, o nosotros te visitemos, tendremos mucho tiempo para mirar todos los temas que en ese momento consideremos.

Por el momento, mi nieto del alma, solo puedo decirte que escuches lo que te dicen tu papá y tu mamá, tus abuelos, tus tíos, tus maestros y buenos amigos. Entre todos queremos enseñarte sobre el amor y la unidad de la familia, el respeto a las leyes de Dios y a las de los hombres, la solidaridad con todos los seres humanos, no importa su raza, origen, lengua y sus costumbres. Ser hombre bueno es fácil si uno sabe reconocer la diferencia entre el bien y el mal, respetar los derechos de los demás y darles prioridad sobre los nuestros. Conceder a los otros es un arte que produce alegría y paz, porque al reducir las diferencias los hombres se entienden más fácil. Con pequeños detalles se logran resultados gigantes, porque la gente se entiende mejor y juntos encuentran soluciones para los problemas grandes y pequeños.

Tomás con tu papito y con tu mamita y tus hermanitos –si Dios quiere que lleguen en el futuro- tendrás la fortuna de ver a una Colombia más justa, equitativa e incluyente, digo lo anterior porque tu abuelo viejo siente que se están dando circunstancias para que se produzcan, en nuestro país, hechos y cambios para que todos podamos vivir mejor, en armonía y con paz.

Tomás: te podré ver en el futuro, me dice mi corazón. Mientras tanto, dile al papito y la mamita, que tu abuelo los quiere mucho, mucho, mucho.

Fuente: Echeverri, Gilberto (2006). "Carta a Simón" y "Carta a Tomás". En: *Bitácora desde el cautiverio*. Medellín, Universidad EAFIT, pp. 37-41.



TOMAS.

Montañas de Colombia
10 de junio del año 2002

Querido Tomás:

Al escribir esta carta, tengo muy claro que tú aún no puedes leer, y comprender las cosas que te digo en ella; pasados algunos días, entenderás que este es un mensaje del abuelo, que tanto te quiere y desea para ti lo mejor ~~de~~ tu vida.

Tu papá y tu mamá te mostrarán el dibujo del niño y el caballo, que pintado por un elemento de Ejército de Colombia, quien con 10 compañeros más, me acompaña a mí y al gobernador Guillermo Gaviria en este pueblo, en el cual, un grupo insurgente - rebelde -, nos tiene retenidos por un periodo de tiempo, que aún no conocemos, ellos luchan por unos cambios políticos, económicos y sociales que nos se distancian mucho, de aquellos que yo creo se deben hacer en Colombia para que todos podamos vivir cada día mejor, con una calidad de vida

→
para



¡Adiós a la guerra. Los colores de la paz!

Colectivo Educación para la Paz



Fuente:

https://www.youtube.com/results?search_query=adios+a+la+guerra+los+colores+de+la+paz



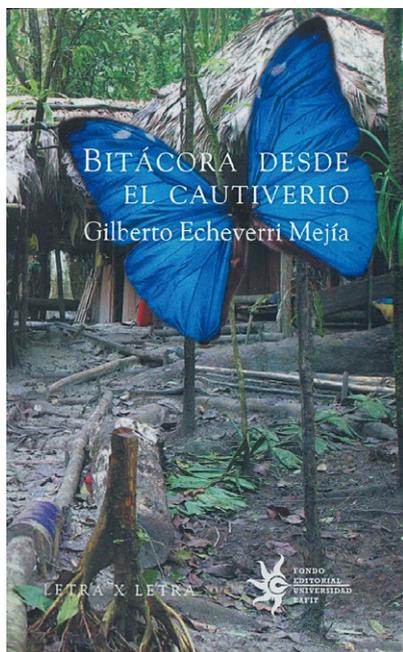
Tengo opciones.



Centro Nacional de Memoria Histórica (2016) “El soldado perfecto”. En: *Esa mina llevaba mi nombre*. Bogotá, CNMH.

Lamentablemente, son innumerables las víctimas de las minas antipersona en Colombia: niños de zonas rurales, campesinos, militares, policías, maestros de escuela, en fin, y cada episodio produce un dolor y un horror indescribibles. En este caso, un oficial del ejército relata su infortunio, los cambios imprevistos en su carrera y en el conjunto de su vida, su capacidad de sobreponerse a la adversidad, sus deseos de servir, de continuar, de no renunciar nunca a la potencia de tener opciones.

Carta de gratitud.

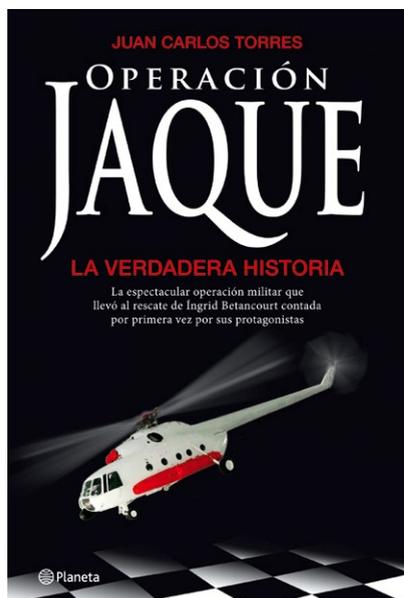


Echeverri, Gilberto (2006).
“El postgrado de la selva”. En: *Bitácora desde el cautiverio*. Medellín, Universidad EAFIT.

El testimonio de Gilberto Echeverri, citado antes (ver descripción Cuadro No. 1), da cuenta de un ser humano curioso, perseverante, con una fe indeclinable en las posibilidades de la paz. En medio de su itinerante secuestro, antepone al cansancio y a los innumerables riesgos de un entorno desconocido y hostil, sus deseos de aprender y su enorme gratitud con los soldados, también secuestrados, quienes se esfuerzan todo el tiempo por hacer menos duro su cautiverio. Así, al desasosiego e intranquilidad de tan aciagos días le gana la partida la generosidad, el respeto y un profundo sentido de lo humano, entre quienes padecen juntos la injusticia.



¿Qué significa cuidar a otros?

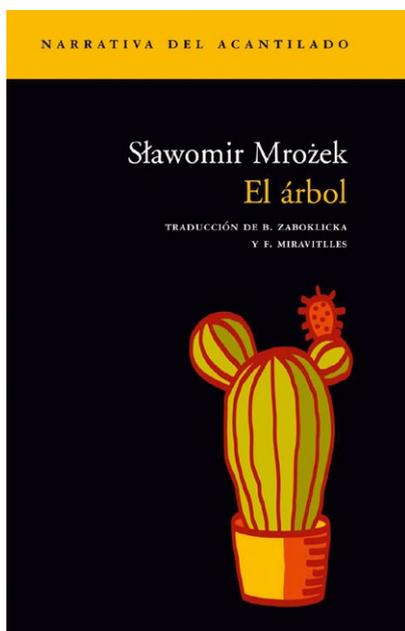


Torres, Juan Carlos (2009). “Un ángel en la selva”. En: *Operación Jaque. La verdadera historia*. Bogotá, Planeta.

Seis años, cuatro meses y nueve días fue el tiempo que duró el secuestro de Ingrid Betancourt, por parte de la guerrilla de las FARC-EP. El secuestro de quien, para ese momento era candidata a la presidencia de Colombia, se produjo el 23 de enero de 2002, cuando se desplazaba a la zona de distensión que había establecido el entonces presidente Andrés Pastrana, como parte del proceso de diálogo y búsqueda de la paz con este grupo insurgente. El fracaso de las negociaciones precipitó los

acontecimientos y la mantuvo en cautiverio en las selvas colombianas, junto a miembros de las fuerzas militares, entre quienes se encontraba William Pérez, quien llegó a estar más de una década en dicha condición. La doble nacionalidad (colombiana y francesa) de Ingrid le dio mayor resonancia a su caso entre gobiernos extranjeros y medios internacionales, así como a la operación de inteligencia militar que permitió su liberación, la de tres contratistas estadounidenses y once integrantes del Ejército Nacional (Operación Jaque, del 2 de julio de 2008). Los estudios de enfermería de William al entrar al ejército, su vocación de cuidado hacia los demás y el sentido irrestricto de humanidad hicieron posible lo improbable: salvar vidas en medio de las condiciones más adversas.

Podría ser de otra manera.



Mrozek, Sławomir (2003).
“Política interior”. En: *El árbol*. Barcelona,
Acantilado.

Salir airoso por pegar más fuerte que el rival es válido en muy pocos escenarios, entre los que se podría destacar el deporte del boxeo. Sin embargo, en la vida de todos los días, en la sociedad más amplia, resulta difícil detener la espiral de violencia que supone este tipo de actuación. Eso es lo que parece enfatizar el escritor polaco Mrozek, en este relato de ficción –extremadamente parecido a la realidad–, en el que un conflicto de proporciones colosales tiene su origen en el hecho simple de que un niño le quitó un juguete a otro y, en adelante, no hubo un solo adulto dispuesto a comportarse como tal.



“Tengo opciones”

El soldado perfecto

CNMH

En el Ejército suelen decir que las minas llevan el nombre de quien las pisa, que activarlas es cosa del destino. Me imagino que más de uno se lo habrá dicho. Yo no creo en el destino ni en agüeros. He visto casos como el mío. Si la pisé fue porque bajé la guardia, porque me distraje, porque me confié. De pronto fue por estar tan concentrado en evacuar al soldado lastimado que ya convulsionaba. Sólo quería que él estuviera a salvo. Pensé que lo malo ya había sucedido: combate por la mañana, evacuación del herido y del fallecido, fin de la historia. Ese fue mi error: pensar que todo había acabado y resulta que no.

Después de pisar la mina extrañé el mando mucho tiempo. Sabía que no podía estar en el área de operaciones, ¡pero quería tanto volver a comandar tropas! Es que para eso nos preparan, y si hay lugar en el que se afiance la lealtad, la amistad, el apoyo y la camaradería es en terreno. Los oficiales comemos lo mismo que los soldados, dormimos con ellos, hablamos con ellos sobre sus familias y, a veces, sobre las nuestras. Todo para disipar la soledad. Por eso, si uno de ellos caía herido, me dolía. Quedaba intranquilo, averiguando por radio por su estado. Y si el soldado fallecía, me dolía aún más. ¿A dónde lo trasladaron? ¿Ya entregaron el cuerpo? ¿Tenía hijos, hermanos? ¿Cómo está la viuda?

En el área siempre respeté la memoria de nuestros muertos con una oración. Percibía la tristeza entre los soldados. Si ocurría algo con uno de mis hombres me invadían la impotencia, la rabia, la culpa. No crea, cargar las presillas sobre los hombros tiene un significado. Después del accidente con la mina sentía mucha

incertidumbre. ¿Me retiro? ¿No me retiro? Decidí que aquí me quedo hasta donde me dejen ascender. En dos años me confirman si hago curso para pasar de mayor a teniente coronel. Si me mandan la carta pues nada, me toca irme. Tengo opciones: el sector público, una organización no gubernamental, la Justicia Penal Militar, el mismo Ejército. O de pronto me voy para la finca de mis padres a un año sabático. Más que lo laboral me preocupa lo emocional. Amo el uniforme. Si uno se queda es para aportar y para ser útil, no para volverse un problema. ¿Cómo se vuelve uno un problema, me pregunta usted? Con sus asuntos médicos. Que a uno no lo puedan tener en ningún lado, o que se aproveche para desobedecer órdenes. He visto casos así. De pronto es también porque rayan en problemas psicológicos postraumáticos, que no fueron mi caso. Hace siete años ejerzo derecho administrativo, laboral y constitucional. Soy asesor del comandante de una división y él solo se enteró de que tengo prótesis porque yo se lo dije, ni se nota, vea [...]

Todavía recuerdo la cara de los pilotos. Para ellos devolverse fue traumático. Hacía un par de minutos me había despedido de ellos y ahora era a mí el que subían a la aeronave sin un pie. Para el soldado herido también lo fue: él, que además de perder la mano había sido herido en la cara, pensó que habían llegado al hospital. Todo era confuso, se me pasaban muchas cosas por la cabeza. Mi vida profesional iba a cambiar por completo. El dolor era insoportable. Le preguntaba al auxiliar de vuelo cuánto tardaríamos y él me repetía: “Veinte minutos, mi teniente, veinte minutos”.

Quedaba lo más difícil: informar a la familia. Un mayor le dio la noticia a mi hermana y ella salió de Bogotá hacia Santa Sofía a contarles a mis padres. Siguió la recuperación en el hospital durante tres meses, los artefactos explosivos pueden causar

infecciones difíciles de controlar. Me tocó un tratamiento fuerte de antibióticos y dieciochos lavados quirúrgicos bajo anestesia general. El proceso del soldado que llegó conmigo fue más lento; era un muchacho santandereano muy joven, de unos veintidós años. Con él compartí mucho en el hospital y luego en el Batallón de Sanidad [...]

Sobre las minas, esto es lo que sé: son el soldado perfecto porque no piden permiso, no piden licencia, no exigen un salario, no duermen. Es claro que la historia del conflicto colombiano hubiera sido otra si los grupos armados ilegales no hubieran recurrido a esa arma de guerra, prohibida desde hace casi veinte años. La historia hubiera sido otra.

Fuente: Centro Nacional de Memoria Histórica (2016) “El soldado perfecto”. En: *Esa mina llevaba mi nombre*. Bogotá, CNMH, pp. 150-153, 158, 164.



Carta de gratitud

El postgrado de la selva

Gilberto Echeverri

Octubre 15, 2002

El postgrado de la selva: he perdido el miedo a los insectos en su mayoría, no tengo miedo a los tábanos y he aprendido a cazarlos, me cuido de ellos por precaución a un paludismo, pero el toldillo y el repelente ayudan; la chitra es un insecto del tamaño de la cabeza de un alfiler, pica pero no dura la rasquiña, arañas y otros bichos los manejamos más o menos; sobre las culebras estamos tomando todas las medidas, miramos las botas antes de ponérselas, alumbramos con las linternas alrededor, los guardias de las Farc también. Los muchachos dicen que las culebras venenosas huelen a sarna y gritan cuando sienten el olor; en fin, tomamos todos los cuidados posibles. Del “pito” también nos cuidamos mucho, aquí dicen que este bicho se encuentra en los troncos podridos y viejos, que su orina cae en la piel y avanza hasta el hueso, pueda ser que lleguen inyecciones para contrarrestarlo; he visto un poco de éstas y suero antifídico. Hay un cuervo interesante en el monte.

El “chonto” es el nombre del sanitario; éste es un hueco en la tierra, situado a cincuenta metros aproximadamente del campamento, escogido de tal manera que no contamine las fuentes de agua, todos tenemos papel higiénico, pero tenemos la obligación de cubrir con un “palín” los excrementos, de tal manera que éstos quedan cubiertos con tierra y se impiden las moscas que tanto contaminan. Este es un reglamento muy estricto y las Farc insisten mucho en él, para la parte de la orina es más o menos igual el requisito del chonto.

Nuestras “caletas”, la de Guillo y la mía están juntas, en algunos campamentos están bajo techo en tambos de cubierta de palma, en otros se tienen carpas. Dormimos en camas hechas sobre troncos u horquetas o travesaños sobre los cuales se colocan tendidos de macana, se ponen a manera de colchón, y tendemos una colchoneta que nos dieron a cada uno; de sábana pongo un poncho de plástico azul de propaganda de la Lotería de Medellín, la uso en los viajes como ruana, pues la lluvia es casi fija en cada correría nocturna o diurna. Es bueno recordar que hemos tenido dieciocho campamentos, en unos estamos muchos días, en otros unas dos noches. Los oficiales y suboficiales [del ejército, también secuestrados] siempre están pendientes de nosotros, nos cuidan, nos regalan muchas cosas: vitaminas, confites, papel, esferos, toallas y medicinas; nosotros también les colaboramos; el problema es que tenemos muy poco para dar reciprocidad a su afecto. Ellos además nos construyen las camas, las caletas, los pisos en piedra o madera “según el sitio”, nos lavan la ropa. Para Camila fabricaron un ajedrez de macana muy lindo y especial, nos traen la comida del campamento guerrillero, lavan los trastos, etc., también hacen remiendos y costura, en fin, son algo bien especial, sin excepción, todos se preocupan por nosotros, charlan, dicen chistes verdes y muy fuertes; son soldados, aceptan nuestros regaños, piden consejos y explicaciones, esperan llenos de esperanza nuestras opiniones y a mí me ayudan a empacar (66 años y no he aprendido) y a transportar el morral y cuando no lo puedo cargar en la silla de montar en la mula, uno de ellos lo carga.

Fuente: Echeverri, Gilberto (2006). *Bitácora desde el cautiverio*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, pp. 93 - 95.

¿Qué significa cuidar a otros?

Un ángel en la selva

Juan Carlos Torres

[...] Selvas del Guaviare, mayo a octubre de 2007

«Se lo comió un güío» (1). Eso fue lo que los guerrilleros dijeron de Pinchao a los doce secuestrados que habían compartido cautiverio con él. Y así lo creyeron, porque la selva es implacable y nadie podría haber sobrevivido tantos días sin ayuda. Por eso, a mediados de mayo, cuando escucharon en las noticias de la radio que al subintendente lo habían encontrado con vida y estaba en Bogotá, los invadió una inmensa alegría. «¡Pincho!, ¡Pincho!», gritaban, mientras los guerrilleros, enfurecidos, les disparaban a los pies para hacerlos callar [...]

Las marchas eran largas y difíciles. Los rehenes permanecían amarrados unos a otros, con las botas de caucho en mal estado, muchas veces mojadas, aguantando las inclemencias del tiempo y soportando lesiones, enfermedades intestinales, paludismo y leishmaniasis, una enfermedad de la piel que se contagia por la picadura de un mosquito. Durante las caminatas, en las que sentían muchas veces el sobrevuelo de aviones y helicópteros de las Fuerzas Militares, no solo cruzaron por la selva y atravesaron corrientes de agua sino también pasaron por las imponentes montañas rocosas que forman parte de la sierra de Chirribiquete.

Cuando el grupo de Ingrid y cinco militares y policías llegó finalmente a un sitio para establecerse, los encadenaron a cada uno a un árbol, con una hamaca y un pequeño toldo; así comenzó uno de los períodos más inhumanos del cautiverio, que duraría varios meses.

Permanecían amarrados las veinticuatro horas del día. Sólo los soltaban para ir al baño o para asearse en el río, bajo la continua vigilancia de sus guardianes. Como animales de zoológico, a la hora de comer, cada secuestrado –obviamente encadenado– extendía su olla para recibir la ración de lo que hubiera disponible ese día.

Íngrid mantenía su dignidad y su rebeldía características, lo que hacía enfurecer a los guerrilleros, que la trataban especialmente mal. Si bien todos protestaban por la calidad de la comida, cuando Íngrid lo hacía le respondían con ira, acusándola de burguesa. Como su toldillo quedaba vecino al del cabo William Pérez, a veces hablaban sobre las noticias que escuchaban en la radio, por lo que sus guardianes la llevaron a un sitio alejado, donde no pudiera conversar con los demás.

La tristeza y la soledad de Íngrid se hicieron insoportables. El sol era apenas un recuerdo. A los compañeros de secuestro sólo los veía cuando se cruzaban camino a la rústica letrina o cuando los llevaban a bañarse al río, donde los guerrilleros la insultaban y azuzaban porque se demoraba más que los hombres. Ni siquiera podía hacer ejercicio, como acostumbraba en otros campamentos, porque las cadenas se lo impedían.

En esas condiciones, el espíritu siempre recio y altivo de la ex candidata comenzó a quebrarse. Poco a poco dejó de comer, ya no se levantaba a recoger sus raciones y fue perdiendo el deseo de vivir, aun de sobrevivir, en ese encierro interminable. Además, la señal de radio a través de la cual le llegaban los mensajes de sus hijos, de su hermana y de su mamá era muy débil, y sólo sabía de ellos cuando otro secuestrado, con un mejor aparato, le contaba lo que había oído en los pocos momentos en que podían hablar.

Uno de ellos en particular, el cabo William Pérez, se condolía por la situación de Íngrid y procuraba pasar a animarla siempre que podía, aunque sus esfuerzos eran en vano. Íngrid lloraba, le decía que estaba muy triste porque no escuchaba a sus hijos, que le dolía saber que habían crecido sin ella, que se habían hecho adultos sin su compañía.

Su desnutrición se evidenció y el agua que le daban la enfermaba del estómago, generándole una diarrea crónica. Su delgadez y palidez eran extremas, tanto así que, después de casi un mes en estas circunstancias, tal vez temiendo por su vida, los guerrilleros, que habían notado la solidaridad del cabo Pérez con ella, un día cualquiera le soltaron la cadena y, sin decirle nada, dejaron que fuera a hablarle y acompañarla.

-Mire, doctora —le dijo Pérez—, usted tiene que tratar de salir adelante. Usted es un símbolo para mucha gente en el mundo y no puede dejar que la derroten en la guerra psicológica. No se puede dejar quebrar por ellos, porque sería como regalarles la victoria. Eso sería una decepción no sólo para usted y para nosotros, sino para el mundo entero.

Ella le decía que no podía más, que no soportaba estar sin noticias de sus hijos.

—¡Por eso! —insistía Pérez—, ¡por sus hijos no se puede dejar morir! Si no le importa lo que el mundo está haciendo por usted, hágalo al menos por sus hijos, que esperan que usted salga viva.

Las conversaciones entre Íngrid y el cabo Pérez continuaron los siguientes días, sin que ella saliera de su depresión. Apenas comía

unas pocas galletas. Cualquier alimento distinto le sentaba muy mal.

En otra ocasión, Pérez la confrontó de esta manera:

-Doctora, si de verdad quiere morirse, entonces no es sino que se le tire a un guardia encima y trate de quitarle el arma, o que se corte las venas...

-Pero yo no puedo hacer eso –replicó Ingrid, que era una católica convencida y que leía constantemente la Biblia- ¡Suicidarse es un pecado!

-También es pecado dejarse morir, y usted misma está acabando con su vida, igual que si se cortara las venas. Pero usted tiene una misión, como todos nosotros. Recuerde que los tiempos de Dios no son los mismos que los tiempos de nosotros [...]

-Mire doctora, usted no se puede dejar morir ni por el verraco y tampoco le voy a dar el gusto de dejarse morir aquí. Yo voy a pedirles a los guerrilleros unos medicamentos y unos alimentos especiales para tratarla, pero usted tiene que colaborar.

-Está bien –accedió Ingrid-. Pero ¡yo no me dejo hacer nada de ellos! Ellos ponen las inyecciones con las manos sucias y además mis venas son difíciles de encontrar, aun para la gente que sabe.

Pérez, que era enfermero profesional del Ejército y ya había ayudado a curar a varios de sus compañeros, se comprometió él mismo a aplicarle el tratamiento.

Llegados a ese acuerdo, el cabo habló con uno de los guerrilleros, le expuso la gravedad de la situación de Ingrid y le pasó una lista con los alimentos y elementos que necesitaba para hidratarla y

nutrirla. Pidió un suplemento nutricional llamado Ensure, sueros, algunos medicamentos para manejar la depresión y otros para la diarrea. Para su sorpresa, al día siguiente le trajeron una caja con todo lo que había pedido, en abundancia.

El primer día del tratamiento, el cabo Pérez comenzó haciéndole unos masajes en el cuello y en la espalda, utilizando, en lugar de cremas, aceite de cocina, mezclado con alcohol. Se impresionó al sentir el nivel de desnutrición de Íngrid y los nudos y espasmos que tenía en la espalda, pero poco a poco logró que empezara a soltarse. Le puso el suero sin problema, a pesar de sus venas escondidas, y le preparó su primera porción de Ensure, al principio muy pequeña, para ir aumentando las dosis cada día, pues su cuerpo no recibía más.

Poco a poco Íngrid principió a recuperarse, con el suero, el suplemento nutricional y unas coladas que Pérez hacía que le prepararan. Luego comenzó a darle comida de sal, como frijoles y lentejas; inicialmente sólo el caldo y después, paso a paso, los sólidos.

Íngrid casi no podía moverse, pero empezó a recobrar fuerza. Pasaba el tiempo acostada en su hamaca, escuchando la radio, y sobre todo, recuperó su actitud mental y volvió a luchar por vivir. El cabo le hablaba hasta que se quedaba dormida, y estaba pendiente de todas sus necesidades.

A la semana de iniciar el tratamiento, ya Íngrid pudo caminar hasta el baño, siempre auxiliada por el cabo Pérez, en pasos cortos y lentos que hacían interminable recorrer un camino de sólo cien metros. Un tiempo después, cuando ya estaba comiendo más y no necesitaba suero, a fines de octubre de 2007, llegaron los guerrilleros a tomar las fotos y los videos para las pruebas de supervivencia que le habían prometido a Chávez y éste, a su vez, a Sarkozy.

Los secuestrados se negaron a colaborar y a maquillar la situación infame que estaban sufriendo. Les llevaron máquinas de afeitar y los invitaron a que se peluquearan, pero ninguno quiso hacerlo. Como alguno de ellos dijo: “Si nos quieren tomar fotos, háganlo como realmente estamos, con las cadenas y todo”.

La mayoría se negó también a hablar ante las cámaras de video, a pesar de que los guerrilleros les insistían: “Hable, porque su familia está esperando que usted diga algo”. Las imágenes que se conocieron en diciembre en los medios de comunicación daban testimonio de una mujer y un puñado de hombres secuestrados de cuerpo pero no de alma. Su silencio, su dignidad, su rabia callada, fueron más dicentes que cualquier discurso.

La imagen de Ingrid era estremecedora. Si no fuera por el sonido ambiente, y los movimientos de la cámara, podría pensarse que era una foto. Tal era su inmovilidad. Sentada sobre una rústica butaca de madera, con la selva rodeándola, Ingrid apenas parpadeaba. A pesar de que ya había superado lo peor de su crisis, su silueta era en extremo delgada: su rostro, enmarcado por un cabello larguísimo que llegaba hasta la cintura, reflejaba una tristeza infinita, y sus brazos esqueléticos dejaban ver un alto grado de desnutrición.

Ingrid, en esa toma, en toda su fragilidad, era el símbolo más fuerte y contundente de la infamia del secuestro, y de la crueldad del grupo que la tenía en su poder. Muchos en todo el mundo lloraron conmovidos y entendieron la protesta que expresó con su silencio.

Por fortuna, la secuestrada más famosa del mundo había encontrado en el cabo William Pérez, un joven guajiro que compartió con ella su fe en Dios y en la vida, a un verdadero ángel que la cuidó y sacó adelante para sus hijos y para el futuro(2).

Notas al pie:

1. Nombre que dan en los llanos y la región amazónica de Colombia a las anacondas.

2. El cabo William Pérez recibió en octubre de 2008 con el periodista Herbin Hoyos, director del programa radial Las voces del secuestro, el Premio Nacional de Paz en reconocimiento a su trabajo abnegado y su apoyo a todos sus compañeros de cautiverio, y se prepara[ba] para estudios de medicina.

Fuente: Torres, Juan Carlos (2009). “Un ángel en la selva”. En: *Operación Jaque*. La verdadera historia. Bogotá, Planeta, pp. 35-41.



Política interior

Slawomir Mrozek

Juanito le quitó un juguete a Pedrito. Pedrito se quejó de ello a su hermano mayor. El hermano mayor de Pedrito se dirigió inmediatamente al patio y le dio una patada a Juanito. Juanito fue corriendo a la cercana planta embotelladora de agua con gas donde estaba empleado su hermano mayor y le informó de la patada. Aquel mismo día, al anochecer, el hermano de Pedrito fue víctima de una fuerte paliza.

El padre del agredido era colega del dueño de la planta embotelladora de agua con gas donde estaba empleado el autor de la agresión. El hermano de Juanito fue despedido. Pero su tía era cocinera de la cuñada de la mujer del director del Departamento de la Pequeña Industria, y al dueño de la planta embotelladora de agua con gas le quitaron la licencia.

El sobrino del dueño de la fábrica de agua con gas trabajaba en la policía secreta. El director del Departamento de la Pequeña Industria fue arrestado. El gobernador de la región, pariente lejano del arrestado, lo consideró una provocación e intercedió por él en la capital.

El gobierno del país, temiendo un aumento de la influencia de la policía, se aseguró el apoyo del ejército y destituyó al Ministro del Interior de su cargo. La influencia del ejército aumentó.

A pesar de la enérgica acción del gobierno, Pedrito no recuperó su juguete, que se quedó en poder de Juanito.

Pero Juanito no disfrutó de él por mucho tiempo. Se lo quitó Pepito, que tenía un hermano en la Primera División Acorazada.

Fuente: Mrozek, Slawomir (2003). "Política interior". En: *El árbol*. Barcelona, Acanalado, pp. 123-124.



